

siempre un interés político en la cuestión española, y, por consiguiente, tendrá siempre interés en intervenir en nuestras discordias civiles. Sin embargo, si aconsejándola su interés político la intervención, su interés material la aconsejara la indiferencia, la indiferencia debería prevalecer sobre la intervención, puesto que los intereses materiales prevalecen en los tiempos que ahora corren sobre los principios políticos¹. Ahora bien: la intervención aconsejada por los principios políticos, está aconsejada también por los intereses materiales.

La Francia puede estar en paz ó en guerra con otras naciones. En el primer caso, está materialmente interesada en intervenir para evitar que la anarquía comprometa sus intereses materiales en la península y la seguridad de los súbditos franceses, porque para salvar sus intereses ó á sus súbditos comprometidos, no encontrará un Gobierno que pueda ceder ó que quiera transigir, amenazado por los bloqueos, por las represalias ó por la guerra. En el segundo caso, la guerra con otras naciones puede ser continental, ó continental y marítima, y nacer ó ser independiente de la cuestión española. Siendo independiente de la cuestión española y continental necesita apoyarse en los Pirineos, porque no tiene seguros los Alpes, y para apoyarse en los Pirineos, necesita que España sea una y poderosa. Siendo independiente de la cuestión de España, y á un mismo tiempo continental y marítima, necesita el apoyo de los Pirineos y el de nuestros puertos y coloniales. En cuanto á la segunda suposición, es decir, la de que la guerra pueda tener su origen en el acto de la intervención en España, es de todo punto imposible, cualesquiera que sean las circunstancias en que la Francia se encuentre. Si la revolución vuelve á estar en peligro por excesos, la intervención ni disminuirá ni aumentará el peligro

¹ Es de notar y lamentar que así adoptara Donoso, en nombre de la nación francesa, el mezquino criterio del interés combinado con la política desdichada, que consiste en dejarse arrastrar de la corriente de los sucesos, considerada como necesaria. Bien es cierto que esta necesidad en el curso de los sucesos humanos, á la cual se reduce el fatalismo histórico, está en el fondo de la Filosofía de la historia al uso de los publicistas liberales, entre los cuales, aunque con tintas moderadas, figuraba nuestro Donoso.—
(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de la guerra. Si la revolución no corre riesgo, y prevalece sobre todas las cuestiones políticas la cuestión del Oriente, la intervención española no llevará en su seno la guerra, ni en el caso de la alianza con la Inglaterra, ni en el caso de su neutralidad, ni en el caso de su alianza con la Rusia, que son los únicos casos posibles. Si la alianza inglesa prevalece, la guerra con Rusia es inevitable, haya ó no haya intervención en España. Si la alianza rusa es la que prevalece, la guerra es imposible por parte de la Prusia y del Austria, porque estarán condenadas á la inacción y al más duro y permanente bloqueo; es imposible por parte de la Rusia, porque, estando interesada en la alianza francesa y poniendo sólo sus miras en la cuestión oriental, mirará sin sobrecejo la dilatación de las ideas de la Francia por las naciones de Occidente. En fin, si la neutralidad prevalece, su neutralidad no será quebrantada ni por la Inglaterra, ni por el Austria, ni por la Prusia, ni por la Rusia, porque todas las naciones estimarán en mucho la neutralidad de quien, siendo hostigada, pudiera convertirse en enemiga sintiéndose poderosa. Colocada en esta situación fuerte, inexpugnable, ¿quién duda que la Francia podría intervenir exenta de temor, desembarazada y libre? ¹

De todo lo dicho hasta aquí resulta que la Francia, manteniéndose indiferente con respecto á la cuestión española, ha desconocido á un mismo tiempo sus tradiciones históricas, sus intereses políticos y sus intereses materiales; que ha perdido la inteligencia de lo que de ella exige la posición que hoy tiene en el mundo, y que si es cierto que las naciones como los individuos reciben de la mano de Dios grandes catástrofes en cambio de grandes faltas, llegará un día en que vengan sobre la nación francesa castigos de guerras y de disturbios, y en

¹ Después de impresa la parte de este artículo en que me hice cargo del argumento contra la intervención, que se funda en que la España de lo que necesita es de gobierno, y que la intervención, no puede darle lo que necesita, he conocido que, vista la desproporcionada extensión de este artículo, no podía tratar en él tan importante materia. En otra ocasión examinaré cumplidamente este asunto, el más digno quizá de llamar la atención de un hombre de Estado.

que, volviendo los ojos á todas partes, en ninguna encuentre una mano amiga que la saque de su soledad y desamparo. ¿Ni quién acorrería en el riesgo á una nación ingrata que ha perdido la memoria de las relaciones que con nosotros la unieron en nuestros días de ventura? ¿Quién acorrería en el riesgo á una nación ingrata á quien, en vez de humildes súplicas, podríamos presentar un memorial de agravios escrito con nuestra sangre; á quien podríamos decir: “¿Nos desconoces? ¿Apartas de nuestras miserias tus ojos indiferentes? Pues escucha: nosotros somos los que, de resultas de la guerra de Sucesión, para ti sólo provechosa, nos vimos pobres y humildes habitantes de un suelo devastado; nosotros somos los que, después de esa guerra de desolación y de exterminio, perdiendo nuestro influjo en Alemania, y nuestro Imperio en Italia y en los Países Bajos, fuimos huéspedes en estas vastas provincias de que habíamos sido señores; nosotros somos los que, de resultas de esa guerra, en donde tienen su origen todos nuestros infortunios, miramos á Gibraltar en manos de los ingleses y arder nuestra flota en Vigo; nosotros somos los que, en esta época de triste recordación, recibimos de ti leyes después de haber dado la ley al mundo ¿Nos desconoces ahora? Nosotros somos los que cuando guerreabas con Inglaterra en 1761, y siéndote adversa la fortuna, nos pusimos á tu lado sin reparar en el riesgo; los que arrojamos á la Europa, como prenda de nuestra fidelidad, en vez del acta de nuestra emancipación, el *pacto de familia*, sublimemente generosos. ¿Nos desconoces ahora? Nosotros somos los que, cuando favoreciste con tus armas la emancipación de las colonias inglesas, pusimos á tu disposición nuestras escuadras, nuestros tesoros y nuestros Ejércitos; los que, sin reparar que teníamos en América colonias, fuimos soldados de la independencia y de la libertad de América, porque eras tú soldado, y pusimos, como pusiste tú, la corona de la independencia y de la libertad sobre sus sienes. ¿Nos desconoces ahora? Pues escucha. Hubo un día en que, frenética y delirante, rompiste con la humanidad; en que pro-

clamaste la divinidad de la razón después de habérsela negado al Ser Supremo; en que, después de haber echado por tierra al Trono, convertiste en trono al patíbulo, y en que, después de haber decapitado á tu Rey, hiciste Rey al verdugo. Toda la Europa se conjuró contra ti, porque tus crímenes te habían hecho fábula y ludibrio de las naciones. Pues bien: nosotros somos los que, siendo religiosos y monárquicos, vacilamos por largo tiempo todavía en declararte la guerra; los que, arrepentidos luego al punto, hicimos la paz ¹; los que, aun no satisfechos con la paz, nos apresuramos á concertar contigo alianza ², uniendo nuestra mano, pura de toda mancilla, con tu mano llena de sangre; los que, cuando nos levantamos contra ti, no nos levantamos á la manera de la Europa, armada de todas armas contra un monstruo, sino como unos hijos que se levantan para sujetar á su madre, traspasados de dolor porque está su madre demente. ¿Nos desconoces ahora? Nosotros somos los que, de resultas de la alianza que concertamos contigo después de la paz de Basilea, sostuvimos contra la Inglaterra dos guerras marítimas que devoraron nuestro presente y nuestro porvenir, devorando nuestra Marina, cegando los canales de nuestro comercio y las fuentes de nuestra industria. Sepamos ya lo que eres, puesto que sabes lo que somos.

Tú eres la que, ciega de ambición y sedienta de usurpaciones y conquistas, rompiste por los Pirineos, viniéndote estrecho el mundo, para ceñir, al que había sido tu soldado y era tu señor, con la diadema que pensabas arrancar de la ungida sien de nuestros Reyes; la que, en premio de los tesoros que te habíamos locamente prodigado y de la sangre que habíamos vertido por ti en los campos de batalla, viniste á nuestro propio suelo para pedir á nuestras minas más tesoros y á nuestras venas más sangre. El astro de nuestra independencia venció entonces al astro de tu gloria; pero al mismo tiempo que ven-

¹ La paz de Basilea en 1795.

² La paz de Basilea se convirtió en alianza después

cíamos á tus Ejércitos en las lides, tan grande era nuestro amor por ti que proclamábamos tus propias ideas en Cádiz ¹. Tú eres la que, cuando esas ideas, que no eran nuestras, sino tuyas, dominaron en España, viniste otra vez á España para conducir al altar del sacrificio y poner en manos del sacrificador á los que no habían cometido más crimen que ser tus ciegos imitadores. Tú eres, en fin, la que, viéndonos hoy tristes, miserables y abatidos, apartas de nuestra tristeza, de nuestras miserias y de nuestro abatimiento tus ojos, y la que, mostrándote indiferente á nuestra causa, á nuestro Trono y á los tratados, te muestras sorda á la voz de la justicia, á la voz de la libertad y á la voz de la inocencia. Si no amparas á la inocencia; si no defiendes la libertad; si no respetas á la justicia, ¿cuáles son tus ídolos? ¿Cuál es tu culto?,

Al terminar este artículo con tristes y dolorosos recuerdos, he perdido tal vez aquella calma y mesura que he procurado conservar antes, y que en asuntos de tanta gravedad y trascendencia se requieren; pero mi indignación tiene su origen en una dote con que me envanezco y en una debilidad debida sin duda á mis primeras impresiones y á mis primeros estudios ². La dote con que me envanezco es un amor entrañable á mi país, y la debilidad que publico es mi inclinación irresistible, instintiva, por la Francia. ¿Quién no derramará lágrimas de despecho y de dolor al ver á la nación francesa más apartada de la española por su indiferencia que por los Pirineos? ¿Quién no lamentará tan áspera separación y tan sacrílego divorcio?

1 ¡Luminosísima confesión del Donoso liberal! La Constitución de Cádiz no fué restauración de nuestras antiguas leyes, sino reproducción de las ideas de la Francia revolucionaria.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

2 Confiesa aquí Donoso que sus primeras impresiones y sus primeros estudios engendraron en su ánimo una inclinación irresistible á Francia, con lo que claramente da á entender que bebió casi desde niño en malas fuentes.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

PROYECTO

DE

LEY SOBRE ESTADOS EXCEPCIONALES

presentado á las últimas Cortes por el Ministerio de Diciembre.